

6 Cuaderno 7º 10 -

CLÁSICOS Y MODERNOS

Noviembre
1914

SILVERIO LANZA

CUENTOS



IMPRENTA ALSINA

- Treñas

SAN JOSÉ, COSTA RICA. C. A.

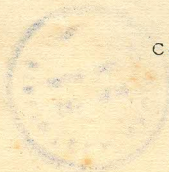
1914-1915

O. R. 5
860.5
©

Ronelio Sotelo

COLECCIÓN ARIEL

Noviembre de 1914



5899

Silverio Lanza

1912

Silverio Lanza murió en la primavera pasada. Hace pocos días los amigos de Lanza recibieron un libro de éste; venía el volumen bajo una cubierta en donde estaba escrita la dirección con letra del mismo autor. Abierto el paquete, el libro traía también una dedicatoria manuscrita por Lanza. Recibir un volumen de un escritor, muerto hace meses, con la dirección y la dedicatoria puestos de su mano, es una cosa extraña, inquietante. Y si se trata de un ingenio que, como Lanza, amaba lo enigmático y vivió toda su vida rodeado de una aureola de misterio, la impresión que recibimos llega a desconcertarnos. Stendhal era un escritor raro, estrambótico; varias veces se hizo pasar por muerto y escribió él mismo sus necrologías. Pensamos en Enrique Beyle al recibir el libro de Lanza. ¿Habrá muerto de veras Silverio Lanza?—nos preguntamos—. ¿No será ésta alguna de sus inque-

tantes y desconcertadoras paradojas? Pero Lanza murió, efectivamente, cuando los periódicos anunciaron su fallecimiento. Días antes de su tránsito perennal el escritor había acabado de imprimir un volumen; él mismo hizo los paquetes de su libro y puso las direcciones. Ese libro, así empaquetado, es el que ahora recibimos los amigos de Lanza.

Hemos dicho que a Lanza rodeaba una aureola de misterio. Su nombre era Juan Bautista Amorós. Allá por 1898 había en Madrid un grupo de escritores novicios, en el que descollaban Pío Baroja y Ramiro de Maeztu. La insurrección contra el orden literario establecido era la nota distintiva de ese grupo. Un día apareció entre aquellos muchachos Silverio Lanza. Lanza era ya un hombre; había publicado varios libros. En su vida literaria figuraba un hecho trascendental que lo elevaba a los ojos de los jóvenes escritores: había sido—como Baudelaire, como Flaubert—procesado por un libro. Era Lanza un hombre recio, de hidalga prestancia; negra era su barba; sus ojos, grandes y expresivos. Vestía siempre de negro y solía llevar unas anchas corbatas negras de plastrón. Lanza no vivía en Ma-



SILVERIO LANZA



drid, sino en Getafe. De cuando en cuando surgía en la tertulia de los jóvenes escritores y luego desaparecía por una temporada. Leíamos sus libros, pero no sabíamos nada en concreto de él. Teníamos la sospecha de que era rico; habitaba en una casa que siempre estaba cerrada; todos los años marchaba a Andalucía; susurrábase que allí —en la provincia de Córdoba—poseía viñedos y olivares; contábase que en su vivienda tenía puestos unos artificios eléctricos en virtud de los cuales no se podía dar un paso en el zaguán sin que repentinamente comenzasen a repicar clamorosos timbres.

El libro que le costó un proceso a Lanza se titula *Ni en la vida ni en la muerte*. Nos contaba él que la iracundia de un cacique fué la causa de su empapelamiento. El odio al cacique fué uno de los sentimientos capitales en Lanza. Hace algunos años dió el autor de *Artuña* una conferencia en el Ateneo acerca de la decadencia literaria. Pocos eran los que conocían a Lanza; pero como sus antiguos amigos hiciesen días antes reclamos en la prensa, reunióse en el Ateneo para escuchar al orador un centenar de personas. Lanza, durante una hora, nos estuvo hablando del caciquismo en los pue-

blos; al caciquismo atribuyó—ante los ojos asombrados de la concurrencia—la falta de buenos escritores en España... Difícil era seguir la hilación de los pensamientos de Lanza. Si en el grupo de jóvenes escritores a que antes aludía se amó desde el primer momento a Lanza, fué porque en este escritor se vió un hombre fuera del ambiente convencional, un enemigo de lo sancionado—injustamente sancionado—, y, sobre todo, un artista que escribía sin pensar en el público, sin halagarle, para sí, según su gusto. Aquel grupo de escritores era profundamente romántico: profesión de romanticismo entusiasta, férvido hizo uno de aquellos escritores en un discurso leído a los postres de un memorable banquete dado a Pío Baroja. Lanza, con su indumentaria romántica, en lucha con los convencionalismos, procesado por la publicación de un libro, debía ejercer una honda influencia en aquella generación.

Difícil es seguir sistemáticamente el pensamiento de Lanza a través de sus libros. *¿Qué es lo que es Silverio Lanza? ¿Cómo caracterizar, definir a este escritor? Dejando generalidades y anécdotas, ¿de qué manera podremos dar al lector una idea exacta, o*

aproximada a la exactitud, de lo que Lanza es? Ante todo, Juan Bautista Amorós es un escritor *raro*. Se halla Lanza dentro de cierta tradición española de escritores raros. Recuérdese a don Miguel de los Santos Alvarez y a Ros de Olano. Cuando se lee alguno de los libros de Lanza se experimenta una impresión de desconcierto. Pero, ¿quién no se siente desconcertado, desorientado, leyendo las *Agonías de la Corte*, o *La protección de un sastre*, o *Dolores de corazón*, de Santos Alvarez? ¿Ha podido entender nadie *El doctor Lañuela*, de Ros de Olano? Escritores raros han existido siempre en nuestro país; en el siglo XVIII Torres Villaroel era uno de ellos; una centuria antes Francisco Santos—mezclador de lo alegórico y de lo real—era otro. Pero lo que diferencia a los modernos raros de los antiguos es ese matiz de inquietud espiritual, de febrilidad, de apetencia por lo misterioso y lo desconocido, que la revolución romántica ha puesto en la mentalidad moderna. Un Torres Villaroel no llega nunca a conmovernos; seguimos los meandros caprichosos de su discurso; asistimos a los títeres y gambetas de su intelecto; pero nuestro corazón, nuestra afectividad no llega a tomar jamás parte en

el espectáculo. Nos distraemos, nos solazamos con el juego de las palabras y del ingenio: eso es todo. Pero con Santos Alvarez y con Lanza, por ejemplo, sucede algo más: asistimos al desfile de una porción de paradojas, salidas de tono y digresiones estrambóticas; nos sentimos a ratos cansados y a ratos distraídos. Y de pronto el romántico, el pasional, el hombre de corazón aparece y nos pone ante los ojos una escena que nos conmueve y nos llega vivamente al alma. Tal sucede con las *Agonías de la Corte*, de Alvarez, y con *Artuña*, de Silverio Lanza.

Cuando se lee seguidamente a nuestro autor se ve que una de sus preocupaciones es desazonar al lector. En una época en que la novela era simetría y ordenada composición, Lanza se complace en urdir libros desordenados y sin plan aparente; corta en ellos bruscamente un episodio o da inopinadamente comienzo a otro; coloca sus escenas—completamente españolas—en pueblos imaginarios, de sabor extranjero (como el Gramburgo, de *Artuña*); se diluye en diálogos de cuatro o seis páginas; intercala digresiones de carácter social o filosófico. Pero no todo es en Lanza capricho de deso-

rientar al lector; responde en gran parte la modalidad literaria de nuestro autor a una necesidad. Silverio Lanza no es un pintor de costumbres ni un colorista; ante todo, esencialmente, su labor es la del psicólogo. No describe la Naturaleza ni las ciudades nuestro novelista; no hay en sus libros paisajes—a no ser breves, incidentales—ni encontramos en ellos pinturas del vivir cotidiano. Silverio Lanza traza caracteres y describe la lucha de las pasiones, el juego de los temperamentos. Su estilo y la marcha de su espíritu ha de responder a ese propósito. Una novela de Stendhal, el novelista psicólogo, no puede estar escrita como otra de Gautier, novelista del color, *visual*. Mientras Gautier es limpio, fulgente, claro, Stendhal es sinuoso, tortuoso, con entrantes y salientes, difícil de leer en primera lectura. El análisis psicológico ha de encontrar en la lengua más dificultades de expresión que la pintura de costumbres o paisajes; muchos matices espirituales, muchas reconditeces de las pasiones habrán de hacer que el escritor, al intentar expresarlas, tenga que sacrificar la brillantez, la corrección, a la minuciosidad y la exactitud. Sucédíale algo de esto a Silverio Lan-

za. En nuestra historia estética, el autor de *El año triste*, sin ser una gran figura literaria, habrá de ser estudiado como un antecesor de la novela psicológica, que luego ha de desenvolverse plenamente en Pío Baroja, y que el gran Galdós—novelista de costumbres primitivamente—ha de cultivar en su segunda etapa.

Los *Cuentos escogidos*¹, que ahora se publican, son un resumen fiel de la personalidad de Silverio Lanza; ahí están los defectos y las excelencias del extraño escritor. Siendo como son, están esas páginas muy por encima de otras muchas brillantes y correctas, de las cuales pudiéramos decir—con frases de Gonzalo de Berceo—que *no valen una nuez foradada*.

Azorín

(Clásicos y Modernos)

¹ A esta colección pertenecen los que hoy reimprimimos.

Astronomía legal

El alcalde de Villarúin está satisfechísimo con su nueva casa, que es la única mejora del pueblo.

Llega el mes de Noviembre, y la señora alcaidesa traslada el lecho conyugal al dormitorio de invierno.

A la mañana siguiente se levanta don Máximo, y se dispone a contemplar desde la ventana el pueblo que gobierna.

Se asoma, y...

—Es extraño; desde que vivo en esta casa siempre ha salido el sol por mi derecha, y ahora sale por mi izquierda. Ordenemos un bando de buen gobierno.

*

El maestro de escuela queda encargado de explicar el fenómeno científicamente y gratis.

—Una de dos: o el sol ha empezado a caminar rápidamente y en la dirección que

rota la tierra, lo cual no es posible, o ésta ha girado en el sentido de un meridiano, lo cual tampoco es posible.

—Lo que no es posible es que haya un maestro más bruto que usted. ¡A la cárcel!

*

Así se creó en Villaruín la costumbre de celebrar dos fiestas anuales: cuando don Máximo cambiaba de dormitorio.

*

Murió el maestro extenuado por el ayuno y por la prisión; y antes de morir, dispuso que le enterrasen con la cabeza hacia levante; pero, como no es fácil mover cada seis meses el cadáver, continúa sin sepultar.

*

Yo, temeroso de estar sepultado en vida e insepulto en muerte, como el maestro de Villaruín, me reduzco a consignar que mientras los hombres no se acostumbren a vivir sin amo, les saldrá el sol a los pueblos por donde le salga al alcalde.

¡Peste de vida!

Yendo en el coche que lleva de la Porte Saint-Martin a Grenelle, noté la primera impresión: en la avenida de La Motte Piquet me convencí de lo que ocurría, y, al apear me en el Campo de Marte, entré en mi casa decidido a volverme a España. Charo se moría.

Esto es lo que ustedes llaman presentimientos. Y dicen ustedes: «¡Qué casualidad! Acababa de acordarme de Fulano, y en seguida me hallé con él». Pero ninguno estudia el por qué Fulano ejerce esa avocación. ¿Creen ustedes que les censuro? No tal. Charo y yo fuimos muy infelices; conque sigan ustedes en su dulce ignorancia.

No me negarán ustedes que la atención es la mayor servidumbre del espíritu. Abandonar todas las ideas propias, las adquiridas por comunicación y las creadas por raciocinio, y entregar el ánimo a otro hombre para que nos produzca impresiones, juicios,

diserciones y deseos, es la mayor de las servidumbres humanas; y esto se logra produciendo una impresión sensoria superior a las preexistentes. Claro es que, cuanto menor sea el número de los sentidos que se haya de impresionar, más fácil será la impresión. Por eso la elocuencia de la palabra, debe acompañarse de la elocuencia del ademán, para que en el auditorio se compadezca la impresión de la visión con la impresión de la audición. Por eso en los espectáculos mímicos, procuran los artistas que ningún ruido extraño al asunto dramático impresione el oído de los espectadores, o bien, se acompaña la acción con una música apropiada. Y por eso, cuando se quiere impresionar por medio de la música, se procura que los músicos no sean visibles por el público, que una débil luz impida que la vista *se distraiga*, o que una acción teatral impresione la vista en consonancia con las impresiones producidas por la música.

Lo dicho les parecerá a ustedes monótono, porque no logro hacerme atender; y a la verdad que la elocuencia del escrito es la más difícil. Pero pongan ustedes un poquito de su parte (esto se llama autosuges-

ción) y sigan atendiéndome, que muy pronto llegaremos a una narración más amena.

○ Cuando la atención es grande, se origina la presunción, o sea presumimos lo que aun no hemos oído: el final de un párrafo en un discurso, una contestación en un diálogo, o la conclusión de una frase, o la repetición del motivo o del tema en una obra musical.

Muchas veces nos ocurre que nuestras presunciones son engañosas, y no acertamos al presumir; y si entonces, en vez de distraernos, aumentamos nuestra atención, y nos entregamos a la acción sugestiva, sentiremos como siente el orador o como sintió el músico; tras la comunidad de sensaciones, vendrá la comunión de raciocinios y la comunión de deseos; y cuando esto ocurra, si el orador se interrumpe bruscamente, adivinaremos con exactitud lo que el orador iba a decir y no lo dijo. He aquí la transmisión del pensamiento a distancia, el telégrafo sin conductores; un insecto partido en dos pedazos, a un lado la cabeza, que no puede moverse porque le falta el motor dinámico; y, al otro lado, el cuerpo (donde está dicho motor), moviéndose según se lo ordena la cabeza.

Esta sugestión, que permite la trasmisión del pensamiento sin el uso de ningún lenguaje, puede verificarse en un individuo o en varios; puede ser mutua; fugaz como en el caso que hemos descrito; pasajera si se produce en el estado patológico que se llama hipnotismo, y permanente si es consecuencia de una relación constante.

Todo esto les parecerá a ustedes muy bonito. Pues se engañan ustedes.

Charo y yo llegamos a la sugestión mutua: nos adivinábamos, pero no nos obedecíamos. Esto es muy triste.

Yo sé que la humanidad (que muy pronto ha de sustituir su actual escritura con la escritura fonográfica) llegará a transmitirse el pensamiento sin necesidad de lenguaje. Pero entonces la humanidad será perfecta y sus pensamientos serán purísimos. Si ahora, al reunirse los legisladores en las Cámaras; los obreros, en el taller; los soldados, en las maniobras; los devotos, en los templos; y las familias, en los hogares, todos adivinasen con exactitud los pensamientos ajenos, ¡adiós sociedad, donde es tan dulce la vida de los hipócritas y de los tontos!

Y por eso nos separamos Charo y yo; porque no podíamos engañarnos, y nos

aburríamos. Convinimos en no necesitar el uno del otro, y en no pedirnos nada, y en no acercarnos a menos de cien leguas; y ella en la provincia de Cádiz, y yo en París, nos enviábamos nuestros pensamientos, pero no nos poníamos a averiguarlos.

¡Lo que nos hizo sufrir nuestra separación!

Una vez me envió la idea de que estaba harta del marqués de X, que era un político viejo e impolítico; pero tuve valor, y la trasmití el pensamiento de que me divertiría mucho con mis investigaciones acerca del límite entre las fermentaciones orgánicas y las combustiones inorgánicas.

¡Pobre Charo! Ya les he dicho a ustedes lo que me ocurrió en París aquella mañana; pues bien, cuando llegué al pueblo donde Charo pasaba el invierno, estaba enterrada.

Y muerta, seguía trasmitiéndome su pensamiento y dicien... ¿Ustedes creerán que en cuanto un individuo se queda quieto y frío ya está muerto? Pues no es verdad. Acaba la vida muscular, pero continúa la vida nerviosa. Si le dejáis abiertos los ojos, verá lo que esté situado en la dirección de los ejes ópticos; notará vuestros besos y el calor de vuestras lágrimas, y se

enterará del trato que hagáis con el enterador.

Charito seguía llamándome desde su sepultura; yo convencí *materialmente* al guarda del cementerio; y la muerta, estirada dentro de la abierta caja, estuvo al alcance de mis manos.

Olía mal.

Ella adivinó mi pensamiento.

—Tampoco tú eres muy limpio.

—Es cierto.

—Pero no te he llamado para discutir. ¿Te extraña que esté resignada? Estoy contenta; ¡peste de vida! ¿Que será muy grave lo que voy a decirte? Lo es para mí. Me dieron la gran jaqueca para amortajarme. Y me rompieron el vestido: eso es lo de menos. Y luego la Dolores me cortó el pelo para dártelo. ¿Dices que lo tienes ahí? ¿Que lo conservarás eternamente? Gracias. ¡Peste de vida! ¡Ya te enterarás! Pues te he llamado porque a la Dolores se le cayeron las tijeras aquí, a mi lado derecho, y no se atrevió a cogerlas y se han quedado abiertas, y esto es de muy mala sombra. ¿Te extraña que piense así? Pues ¿y tú? ¿Que te dé un consejo para...?

El sepulturero se me acercó, y me dijo:

—No vaya usted a enfermar.

—Adiós—me decía la muerta.

—¿Qué es lo que tiene usted ahí?

—Unas tijeras que había en la caja.

—Roñosas están, pero yo las pasaré por la piedra; los metales tienen eso, que siempre aprovechan.

—¡Peste de vida!

Esto se lo dije yo al enterrador al mismo tiempo que la muerta me lo trasmitía.

No atiendan ustedes más, si es que han atendido hasta aquí.

¡Peste de huesos!

Cuando los reyes eran encarnaciones del alma de sus pueblos, ocurrió lo que voy a referir.

Alejandro II, último príncipe de una dinastía que aún no ha reinado en España, vió morir a su padre en un cadalso (es inútil decir que murió por ser liberal), y soportó resignadamente la crueldad con que se le obligó a presenciar la muerte de su padre.

Cumplió el verdugo con encantadora destreza el inapelable fallo de los caballeros que por aquel entonces se ganaban la vida condenando al prójimo con arreglo a la ley de moda, sin perjuicio de cometer ellos los delitos que se castigaban en las leyes antiguas y los que se castigaron en las leyes posteriores.

Cuando el reo concluyó de pagar todos los tributos que impone el Estado, el príncipe examinó la cuerda que suspendía el cadáver del rey, y dijo tranquilamente:

—Con esto no contaba Dios.

Por eso Alejandro II, cuando fué monar-

ca, no quiso serlo por derecho divino; tenía miedo a las herejías del cáñamo.

Como es natural, los revolucionarios gobernaron pésimamente, y se pensó en la restauración.

La mudanza es el placer de la vida; y la Humanidad sería feliz si las variaciones estuvieran regularizadas legalmente. Yo he obedecido a cuatro reyes, dos regentes, dos repúblicas y un gobierno provisional, y todos me han dado un día de esperanza al llegar, un día de dolor al gobernarme y un día de placer cuando se fueron. Lo mismo me ha ocurrido con mis conocidos y con mis amadas. Pero ¡cuántos sustos en cada mudanza! Dios, en su infinita sabiduría regularizó los cambios en la Naturaleza; el invierno se marcha alegre porque sabe que ha de volver, y nosotros le recibimos a gusto porque sabemos que se marchará oportunamente. Por eso dije a ustedes que la mudanza es el placer de la vida, y por eso ustedes y yo nos damos el placer de cambiar de asunto.

Mientras conspiró el príncipe Alejandro, vivió huído y oculto en Andalucía, singularmente en la provincia de Córdoba, donde su realeza halló ostensible culto en las ca-

bezas de muchos hombres y en los corazones de muchísimas mujeres. El rey fué agradecido a los favores que le habían prodigado los cordobeses; y, al sentarse en el trono, anunció el Gobierno que S. M., huyendo por los olivares de Córdoba en una noche triste, y temeroso de ser reconocido, había clavado en una aceituna el diminuto alfiler terminado por un brillante, que envidiaba el Sol, y que el rey difunto llevaba sobre su pecho en las grandes ceremonias. Añadía el regio pregón que si la alhaja fuese hallada por una mujer, sería ésta la reina de España; y si lo fuese por un hombre, sería éste el capitán general de los ejércitos, manera atinadísima y consuetudinaria con que en este país se han provisto casi siempre los empleos.

Claro es que los cordobeses no esperaron a que las aceitunas madurasen tanto que cayesen al suelo, y empezaron en seguida la recolección, colocando blancas sábanas bajo los olivos, por si caía a tierra alguna aceituna, cogiendo éstas a ordeño con el mayor cuidado y sin agitar el ramaje, y

—Dispense usted—dijo, interrumpiéndome, el gañán que me oía;—¿cuánto valía entonces el aceite?

- A dos ducados la cántara.
- No lo entiendo.
- Pues 22 reales la arroba.
- Y el pan, ¿a cuánto estaba?
- No lo sé; pero el trigo costaba a 680 maravedíes la fanega de Castilla.
- Dígalo usted en castellano.
- A 20 reales la fanega.
- Siga usted contando su cuento.
- Pues bien; después de reconocer las aceitunas, desechando las malas, donde seguramente no estaba el alfiler, se llevaban en seguida al molino, se molían con rapidez y sin miedo, porque se sabía que el brillante no podía romperse, se desmenuzaban tres veces las pastas y se prensaban de nuevo, lavándolas con abundancia y separando las tres clases de aceite, que se filtraban para buscar el deseado brillante.
- Y, diga usted, ¿pareció?
- Nada de eso.
- Pues acabe usted de una vez.
- El brillante no se lo encontró nadie, pero la cosecha fué excelente; los aceites, por su buena calidad, tuvieron un alto precio; y como las plantas no padecieron, hubo al año siguiente una cosecha abundantísima. De modo que todos se encontraron el brillante.

— ¡Felices tiempos aquellos!

— Ahora ocurriría lo mismo.

— No, señor; porque ahora hay muchas posturas y pocos molinos, y no puede hacerse la recolección de esa manera. Además, lo que puede encontrarse en las aceitunas, no son brillantes, sino huesos. Huesos de sequía, huesos de tierra vieja, huesos de contribución, huesos de cartillas caprichosas; y, si es uno propietario, hallará huesos de rebuscador y de medidor granuja y de aceitunera complaciente; y, si es uno pujarero, huesos de maestro de molino; y una aceitunera, huesos de manigero atigrado; y un rebuscador, huesos de guardia civil. Todo es hueso por todas partes. Con hueso se hacen muchas cosas, y se pulen otras, y se fabrican bastantes; cuando estamos cansados decimos que nos duelen los huesos; y cuando un asunto tiene algo malo, eso es el hueso del asunto. Las mujeres, para ser elegantes, se quedan en los huesos, y las cabezas de los sabios parecen calaveras. Ayer fuí a comulgar, y en lugar de la hostia, me dió el párroco una ficha del casino, porque el sacristán guardaba en el copón sus ganancias en la timba.

— ¡Peste de huesos!

Pisto legislador

El tío Pelé arrienda una tierra al tío Melé, para que éste la siembre de patatas; y Pisto (*juris consultor* del pueblo), en una pared de la taberna de Cisco, escribe con lápiz el contrato de la siguiente manera:

Asta 50 arrobas media quartiya por arroba.

Asta 100 arrobas una idén idén.

Caso que mas a medias.

*

El tío Melé coge 123 arrobas, y dice al tío Pelé:

—¿Quiere usted cobrar a dinero o especie?

—A dinero.

—¿A cuánto las ponemos?

—A lo que esté.

—Se han medido a ocho perras arroba.

—Pues a eso.

—Pues luego traeré el dinero a la taberna.

*

Melé, ante Pisto y demás contertulios, entrega a Pelé 24 pesetas y 20 céntimos.

—¿Cuánto es mi cuenta?—pregunta Pelé a Pisto.

—Cuarenta y nueve pesetas con veinte céntimos.

—¿Por qué?—dice Melé.

—Porque en pasando de 100, se iba a medias: conque la mitad de 123 son 61 y media, que a ochenta céntimos, valen 49 con 20.

—No, señor—replica Melé.—Se dijo que hasta 50 media cuartilla por arroba, o sean seis arrobas y cuartilla; de 50 a 100, una cuartilla, o sean 12 arrobas y media, y de 100 a 123, la mitad de los 23, o sean 11 y media, conque todo suma 30 arrobas y cuartilla, que valen 24 pesetas y 20 céntimos.

*

Pelé y Melé han llegado a un acuerdo; han partido la diferencia, y le han dado dos bofetadas a Pisto para que no escriba leyes el que no sepa escribirlas.

*

¡Que cunda el ejemplo!

Para que almuerce el Rey

Una noche de invierno, en Madrid, y en la plaza de Oriente...

Es una crueldad que las noches de invierno sean largas, y aunque a esto obligue la variedad de declinaciones del Sol, aprovecho este momento para protestar de la marcha de los astros.

Hacia las cuatro de la madrugada de una noche de invierno, una mujer joven, flaca, mal peinada y mal vestida, mostraba a un niño cubierto de andrajos, la estatua ecuestre del buen rey Felipe IV.

He dicho *buen rey* con permiso de Quevedo, y, además, porque siempre hablo con respeto de los reyes.

—¿Ves ese? pues también fué rey; pídele dos céntimos y verás como no te los da.

Seguía el rey Felipe IV apoyado en los estribos para defenderse en la empinada del caballo, empinada que tanto maravilla a las gentes, y que, aunque nada tiene de particu-

lar, dícese que fué invención de Galileo (?)

—No te los da tampoco. Ya ves que hemos pedido limosna a todos los reyes de la plaza. Pues no han chistado. Para pedir son buenos, pero para dar... Y tú, ¿qué dices?

—Tengo frío.

—Hijo de mi alma. Ven, que te abrigue. Y quitándose la loca un mugriento pañuelo de seda que llevaba al cuello, cubrió con él la cabeza y los hombros del pálido niño.

—Tienes frío porque tienes hambre. Y tú, ya lo ves, desde que empezó la noche estamos pidiendo y... nada. Los reyes no dan; conque, ya ves. ¿Qué dices?

—Vamos a casa. Tengo sueño.

—Tienes sueño porque tienes hambre.

—Tengo mucho sueño.

—Sí, sí. A casa... a casa. A casa no se puede ir porque está cerrada la casa. ¿Abrirá la puerta el sereno? O no la abrirá... Y tampoco cenarás en casa.

—Hay pan.

—Pero no está en remojo.

—No importa.

—Sí; no importa; y parece piedra como ese rey que está ahí de espaldas. ¡Qué grande es!

—Y ¿por qué les pides si son de piedra?

—Pues, mira tú el otro. Ahí se estará en su palacio, acostadito en su cuna, tan calentito, y tú con frío y con hambre.

»Pues su madre habrá pasado para parirlo lo mismo que yo pasé para parirte a ti. Pues ya has visto... digo que tú lo has visto, que al rey que primero he pedido ha sido a él. ¿Y qué? Ya lo has visto. Bien claro se lo he dicho a un hombre que había a la puerta: «Dígale usted al rey que mi niño le pide una limosna para poder cenar». Y ¿qué hizo?... pues tú ya lo viste... Nos echó para afuera y me llamó loca. ¡Mira tú qué loca!... Porque pido para ti. Como pediría la reina para su hijo. Pero a mí puede venir a pedirme.

—Tengo sueño.

—Y yo le diría: Oiga usted, señora, ¿y qué hizo?...

—Vamos a casa.

—Y no digas que también es de piedra.

—Anda, mamá, tengo sueño.

—¿Qué quieres?

—Vamos a casa.

—Vamos, sí, porque tú ya ves que aquí no nos dan nada.

Y madre e hijo se fueron hacia el Viaducto por la calle de Bailén.

Pero una hora después volvían.

Sentóse la loca en un banco, echóse el niño sobre la fría piedra, apoyó su cabeza en una pierna de su madre y se quedó dormido, que es lo mismo que hacen los pueblos hambrientos cuando aún están en su infancia.

—De aquí no me voy hasta que la reina se despierte.

Y allí se estuvo.

Cuando el sol del nuevo día empezó a llenar de claridad el horizonte, los guardias que hacían servicio en la plazuela empezaron a inspeccionar el estado del orden público en el terreno de su jurisdicción.

—¿Qué hace usted aquí?

—Nada.

—No puede ser menos. Usted pide.

—¿El qué?

—Limosna.

—Sí, señor.

—¿Sin licencia?

—No tengo licencia, pero tengo hambre.

—¿Conque, ¿hambre?

—Sí, señor; pero no pido para mí, pido para mi hijo. Sí, señor, sí; no mire usted. Deme usted un pedazo de pan y verá usted como mi hijo se lo come todo entero.

—Conque, ¿sin licencia?

—Sí, señor; sin licencia. No se necesita licencia para no dar, conque tampoco hace falta para pedir.

—Como hacer falta, hácela.

—Pues yo esta noche he pedido sin licencia. ¿Ve usted esos reyes? Pues a todos les he pedido.

—¿Y no dieron nada?

—No, señor. Aquí sólo dan los pobres. Porque el que ha sido pobre sabe lo que es pedir para un hijo.

—Vaya, mujer; no se apure.

—No; yo, no; porque ya le he dicho a mi niño: «Cuando tengas mucha hambre me comes un brazo».

—Cállese, y no diga disparates.

—Me callaré si usted quiere.

—Yo le doy a usted veinte céntimos.

—¿De veras? ¿Es usted tan bueno?

—Doilos, pero usted se va de aquí.

—Me iré, sí, señor; me iré.

—Pues tenga usted.

—¿De veras? ¿De veras?

—Pero se larga de aquí.

—Sí, señor.

—¿Tiene usted casa?

—Estoy recogida en la de un pariente.

—Vaya, vaya; pues tenga.

—Dios y la Virgen Santísima del Carmen se lo paguen a usted.

—Gracias, gracias.

—Me voy en seguida. Carlitos, despierta, vida mía; mira al señor y dale muchos besos, es el único rey de veras que hay en toda la plaza.

—Bueno, bueno. Váyase, y no me altere la vía.

—Me voy; pero Dios se lo pague a usted en salud.

—Gracias.

Y la alegre madre, caminando hacia el Viaducto, volvíase a intervalos para bendecir al guardia y levantar a Carlitos, que con sus amoratadas manitas enviaba besos a su compasivo protector.

Un cuarto de hora después volvía la loca trayendo un dorado buñuelo.

—Dámelo, mamá, que sí me lo como; que sí.

—Este no.

—Dámelo.

—Tú te los has comido todos. Ya ves que yo no los he probado. Pero este es para el rey.

—No, mamá; para mí.

—Para el rey. Que sepa que los pobres

somos agradecidos y no somos miserables.

—Dámelo.

—No llores. Dios da a quien da. Déjame que haga esta caridad.

Callóse el niño a quien la palabra caridad asustaba.

Fuese la madre a un entreabierto postigo de la puerta principal del Real Palacio y a un hombre que allí vió entregó el buñuelo diciendo con arrogancia:

—Déselo usted al rey para que almuerce de parte de mi niño.

El criado, que ya conocía a la mendiga, echóse el obsequio a la boca, empujó a la infeliz madre hacia la plaza de Armas y cerró la puerta riéndose cuanto se lo permitía el buñuelo atravesado entre los dientes.

—¿Lo ves, Carlitos?

—Si me lo hubieras dado. Era el mayor.

—Ya sé que lo era. Pues tú ves, cuando al rey no le dan lo que le traemos los pobres, figúrate si nos darán a nosotros lo que nos quiera dar el rey. ¿Qué dices?

—Yo, nada.

El mayor enemigo de los Reyes Magos

La casa, número 96, de la calle de San Simón no está construída atendiendo a las diferencias de clase. Un solo portal sirve para los inquilinos de los principales exteriores, de las buhardillas y de los bajos. Y el desorden es tan grande que los reyes de la casa viven en el patio, en el cuarto número 3. Son reyes por delegación como todas las autoridades. El propietario es desconocido. El conocido es el administrador; el señor don Rufino, un gallego bajito, delgado y que no revela en su semblante ni su edad, ni su origen, ni sus aficiones; es ya propietario, y se ignora cómo adquirió las fincas que posee.

Don Rufino es el coco de los vecinos del número 96 de la calle de San Simón, porque éstos han de pagar sus mensualidades el día 8, bajo pena de verse citados a juicio de desahucio el día 9. Sólo hay una manera de

obtener concesiones, y se reduce a tener contenta a S. M. la reina doña Martina, la que vive en el 3 del patio, casada con Celedonio, ordenanza del Gobierno Civil.

La amistad entre el administrador y Martina provino de que al mudarse ésta a la calle de San Simón se enterase aquél de que eran paisanos, de la misma parroquia y de la misma aldea. Así averiguó don Rufino que no le necesitaban sus parientes ricos ni le recordaban sus parientes pobres. Celedonio pagó puntualmente y no pidió reparaciones en su cuarto, que parecía una cuadra dedicada a carbonería; y don Rufino no creyó peligrosa su amistad con un sujeto tan sensato. Se habituó, cuando iba a cobrar, a pasar un ratito en el cuarto de Martina, que acostumbraba a su niña de cuatro años a sacudir las botas y los pantalones de Don Rufino, y dar a éste agua fresca en el verano y caldo sustancioso en el invierno. Observaron después los vecinos que la niña salía cuando don Rufino entraba, y empezaron las murmuraciones. Arreglóse el cuarto de Celedonio hasta el extremo de empapelar la sala y estucar la alcoba; y entonces crecieron las murmuraciones, y las murmuradoras se organizaron bajo el mando de doña Jua-

nita, una jamona viuda que tenía en su compañía una sobrina pizpireta.

—¡Hola, vecina!

—¿Hay novedades?

—Que S. M. le busca la lengua a la del 2.

—¿Por qué?

—Por cosas de la chica. La del 2 tiene un muchacho de cinco años y su majestad tiene una niña, y por ahí ha empezado la cosa.

El tío Paelcaso, que vive en una escondida habitación interior, que todo lo aprovecha y come de lo que le producen un salón de limpia-botas y un puesto de agua donde trabajan otros, oye la conversación de las vecinas, y dice a su mujer:

—Miá tú, que si yo no tuviera más dinidad que esas purpurinas falsas...

—Anda, que la señá Martina tiene majestad.

—Si se la dan cuando esté en las últimas. Y pa el caso, a mi la aristocracia y el pueblo, pues, pata.

Cuando Roque entró en el 2 del patio, hallóse con que su mujer tenía encerrado al chico, y supo que éste había amenazado a Manolita después que ésta había dado

dos cachetes a Felipín. Roque oyó el relato que le hizo su esposa, sentóse a comer y dijo:

—Mañana es Reyes y estoy libre; con que buscaremos cuarto, y tú haces punto y aparte, porque las mujeres con vergüenza y los chicos bien educados no tienen cuestiones; y yo no le pongo la mano a Celedonio encima de la cabeza porque no quiero pincharme; ese para Frascuelo.

A las doce de la noche había cesado el ruído en el 96 de la calle de San Simón; ya estaban recogidas o retiradas en el arroyo las latas que habían sido arrastradas por la escalera y después por la calle. Los viciosos pasarían la noche fuera de su casa, y los frugales ya estaban acostados. Faltaban Roque y Celedonio, el primero porque estaba sustituyendo a un amigo en la imprenta de un periódico de la mañana, y Celedonio porque no quería acostarse hasta convenirse de que Roque estaba durmiendo y no le buscaba cuestión.

A las tres entró el cajista, encendió una cerilla, se acercó a la reja de su cuarto y vió los zapatos viejos de su chiquillo puestos al sereno. Sacó del bolsillo de su chaqueta unos zapatos nuevos, los colocó en el

alféizar de la ventana y tiró los viejos en medio del patio.

Un cuarto de hora después llegó Celedonio, entró en su cuarto, abrió la ventana donde estaban los zapatos de Manolita, los retiró, entróse con ellos en la habitación, y al poco rato los volvió a colocar en el mismo sitio, llenos de dulces y con una peseta en cada uno.

Al amanecer entró Paelcaso despejado de su quinta borrachera de aquella noche, vió los zapatos viejos en medio del patio, se acercó para recogerlos, y observó el calzado que había en las dos ventanas. Echóse en los bolsillos los dulces, el dinero y los zapatos nuevos, dejó los viejos donde estaban los de Manolita, y éstos en la ventana del cuarto de Roque.

Una hora después el cajista y Celedonio, con sus respectivas mujeres, se llenaban de insultos y amenazas; y Paelcaso, en su habitación, tentaba las dos pesetas, y decía a su mujer que devoraba los dulces:

—Miá tú cómo riñen la aristocracia y el pueblo.